

# Discurso en la fiesta del Inti Raymi

Cusco, 24 de junio del 2021

Señora presidenta del Congreso de la República, Mirtha Vásquez; señora presidenta del Poder Judicial, Elvia Barrios; señora presidenta del Consejo de Ministros, Violeta Bermúdez; señor ministro de Economía y Finanzas, Waldo Mendoza; señora ministra de Comercio Exterior y Turismo, Claudia Cornejo; señor ministro de Cultura, Alejandro Neyra; señor gobernador regional del Cusco, Jean Paul Benavente; señor alcalde provincial del Cusco, Víctor Boluarte; señora embajadora de la República de Colombia en el Perú, María Claudia Mosquera; señores gobernadores regionales; señoras y señores alcaldes provinciales y distritales del Cusco; señoras y señores regidores; distinguidas autoridades presentes; queridos compatriotas:

Es un momento de especial alegría y orgullo para mí estar con ustedes en la fiesta del Inti Raymi, la fiesta del sol, desde Saqsaywaman. Este espacio que tenemos a nuestro alrededor, en el año del bicentenario de nuestra independencia, simboliza la grandeza del Imperio incaico, la impronta imperecedera de una civilización milenaria.

El Cusco fue el punto de partida y de llegada del Qhapaq Ñan, el gran camino inca. Proyecto vial ambicioso, que sigue asombrando a expertos y conocedores, el Qhapaq Ñan se construyó con la activa participación de todas las comunidades que enlazaba. Al ser

su propia obra, las poblaciones locales se encargaron de mantenerla en buen estado, contando para ello, por supuesto, con el apoyo de las autoridades superiores del Imperio incaico. Esta proeza de nuestros antepasados nos enseña a todos que el trabajo conjunto y la colaboración conducen a logros espectaculares.

Esta admirable obra vial —como otras magníficas construcciones hidráulicas y agrícolas de su época— es utilizada hasta ahora, hasta hoy, por nuestros habitantes y por los hermanos de territorios que son hoy Argentina, Bolivia, Chile, Colombia y Ecuador. Agradezco a los presidentes amigos y a la secretaria general iberoamericana por sumarse a esta fiesta en el mes jubilar del Cusco.

Hermanas y hermanos del Cusco, de todo el Perú: el mundo entero está sufriendo el impacto y las trágicas consecuencias de la pandemia de la COVID-19. Esto no es algo nuevo. Las epidemias han marcado hitos importantes en la historia mundial, y también en la nuestra. Viruela y sarampión acompañaron a los conquistadores españoles, diezmando a la población indígena; tifoidea y malaria campearon durante los años de la lucha por la independencia; fiebre amarilla, cólera y tuberculosis cobraron numerosas vidas en los aciagos años de la guerra con Chile.

Pero estos hitos históricos no fueron marcados solo por devastadores virus y bacterias. A esto contribuyó un virus aún más dañino, insidioso y perdurable: la desunión del pueblo peruano, cuyas manifestaciones han sido el desprecio, el resentimiento, la indiferencia, el odio, la polarización y las luchas fratricidas. Las divisiones al interior del Imperio incaico, como todos sabemos, facilitaron la labor de los conquistadores; la independencia y los ideales republicanos no cerraron las enormes brechas entre distintos grupos sociales; las disputas entre caudillos socavaron los heroicos esfuerzos de nuestras fuerzas armadas en la guerra con Chile.

Ahora, cuando estamos prontos a conmemorar el Bicentenario de la Independencia, el virus de la desunión se añade al de la pandemia; su convergencia nos deja pérdidas irreparables y desafíos

inconmensurables, tanto como individuos, como familias, como sociedad y como Estado.

Desde los tiempos del Tawantinsuyu se reconoció que la diversidad es fortaleza y resiliencia ante la adversidad. El Perú tiene una invaluable mezcla de culturas, empezando por aquellas de los pueblos ancestrales que celebramos hoy, seguida por la que añadieron los españoles, portadores, a su vez, de una amalgama de las culturas cristiana, árabe y judía. A ellas se suman la cultura afrodescendiente, la migración china, y la llegada de japoneses y de europeos a lo largo de los años. Durante cinco siglos, esta mezcla de mezclas configuró lo que es la sociedad peruana, y enriqueció notablemente las manifestaciones culturales de nuestra patria.

Quisiera citar ahora a uno de nuestros maestros: «Considerar siempre al Perú como una fuente infinita para la creación», nos dijo el gran José María Arguedas en su famoso discurso «No soy un aculturado», al recibir el premio Inca Garcilaso de la Vega en 1968. Tenía razón. En el Perú, incluso en nuestros peores momentos, encontramos siempre la fortaleza y la capacidad de crear y también de repensar lo que ya hemos creado.

Tenemos 200 años como república independiente, pero como nación nuestras raíces se hunden en profundidades milenarias y configuran buena parte del código genético de nuestro pueblo. Culturas que hasta hoy dialogan a través de los tallados de las piedras de Chavín o de estas de aquí, en Saqsaywaman, y también, por supuesto, las de Machu Picchu. Culturas que aún nos hablan de su capacidad creadora y su capacidad estética, reflejadas en la belleza de nuestras telas paracas o en los diseños kené de nuestras hermanas shipibas; culturas que nos deleitan con los ceramios mochica o sus herederos de Chulucanas y de Lamas; la orfebrería chimú y la delicada filigrana de los artistas y artesanos de hoy, y por qué no añadir lo que todos conocemos, esa cultura que se saborea en esa exquisita mixtura que caracteriza a nuestra gastronomía.

Sí, señores y señoras, esta rica diversidad, esta mezcla de mezclas que somos todos los peruanos, nos hace ver que hoy, al cumplir el bicentenario de nuestra independencia, debemos encontrar en esta diversidad los ingredientes de una unidad forjada en el crisol de la peruanidad. Cada uno de nosotros tenemos, en nuestro ser, en nuestra esencia, alguna característica, rasgo o atributo en común con muchísimas otras peruanas y peruanos. Gracias a esta diversidad difundida por nuestro maravilloso territorio —que hemos interiorizado, pero muchas veces sin saberlo y quizá sin aceptarlo, y que forma parte de lo que somos como personas y como nación— es que continuamos labrando y fortaleciendo nuestra identidad pluralista, integrada y en continuo despliegue, siempre evolucionando y cambiando.

La fiesta del Inti Raymi nos ofrece una magnífica oportunidad para recordar y afirmar nuevamente esto con energía. Como dijera Arguedas, y lo cito nuevamente:

No, no hay país más diverso, más múltiple en variedad terrena y humana; todos los grados de calor y color, de amor y odio, de urdimbres y sutilezas, de símbolos utilizados e inspiradores. No por gusto, como diría la gente llamada «común», se formaron aquí Pachacámac y Pachacútec, Huamán Poma, Cieza y el Inca Garcilaso, Túpac Amaru y Vallejo, Mariátegui y Eguren, la fiesta de Qoyllur Riti y la del Señor de los Milagros; los yungas de la costa y de la sierra; la agricultura a 4000 metros; patos que hablan en lagos de altura donde todos los insectos de Europa se ahogarían; picaflores que llegan hasta el sol para beberle su fuego y llamear sobre las flores del mundo.

A lo largo de muchos años he tenido el privilegio de visitar las distintas regiones de nuestro país, y ahora lo he hecho en los pocos meses en que he ocupado el cargo de jefe de Estado. En estos viajes

he podido constatar que nuestra peruanidad, si bien aún desarticulada, es una extraordinariamente fértil combinación de expresiones diversas, pero compartidas entre todos quienes tenemos el orgullo de ser peruanas y peruanos.

Es esto lo que nos confiere una infinita posibilidad de trabajar, innovar y crear, conjugando la gran variedad de recursos naturales que poseemos con la multiplicidad de nuestra gente. Es esto lo que nos permitirá construir un futuro mejor para el Perú sobre los cimientos de la diversidad de diversidades que caracteriza a nuestro maravilloso país.

Es esto lo que, partiendo desde el Cusco en 1912, José de la Riva Agüero descubrió con admiración: el cambiante escenario que caracteriza nuestros Andes, desde Apurímac y Andahuaylas, hasta Vilcashuamán y la pampa de la Quinua, o en el convento de Ocopa y el valle del Mantaro, entre muchos otros lugares que describió. Riva Agüero nos dijo y lo cito:

No hay raza de las que habitan el territorio, ni hay épocas de los sucesos realizados en él que pueden considerarse ajenos a nuestra idea de la patria, y cuyo olvido y desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú.

Permítanme insistir, queridos amigos y amigas peruanas: estos diversos paisajes, sumados al ingenio y la creatividad de las diferentes culturas que se enriquecieron mutuamente a lo largo de nuestra historia, configuran el cuerpo y el alma del Perú. Están presentes en cada uno de nosotros. Aprovechémoslos para construir un Perú «firme y feliz por la unión», como dice la primera moneda que acuñamos en la república.

Compatriotas: empecemos el tercer siglo de nuestra historia independiente unidos, aceptando, respetando y valorando nuestras

diferencias; rescatando lo valioso de nuestros conocimientos y técnicas ancestrales, pero haciendo uso también de los avances de la ciencia y la tecnología modernas. Empleemos toda posibilidad, toda herramienta, para vivir en armonía con la naturaleza y protegerla; para transformarnos en un país solidario y próspero, un país que no excluya ni discrimine a nadie por su origen o por su idioma, por sus rasgos o por su condición.

No nos escudemos tras el narcisismo de nuestras pequeñas diferencias para descalificar a los otros, a los que piensan distinto, a los que tienen diferentes creencias, aspiraciones, fisonomías y modos de vivir. No levantemos las manos ni los puños contra nuestras hermanas y nuestros hermanos, ni fomentemos divisiones que destruyen nuestra patria. Nuestros verdaderos enemigos, contra los cuales solo podremos luchar y vencer unidos, son la intolerancia, el racismo, la discriminación, la corrupción y la violencia en todas sus expresiones.

La historia nos concede una nueva oportunidad en el bicentenario de nuestra independencia. Solo reconciliándonos, unidos y en confraternidad, en diálogo abierto y sincero, con confianza y esperanza en nuestro futuro, es que podremos hacer uso creativo y fructífero de nuestras diferencias, que son insignificantes al lado de nuestras potencialidades.

¿Pero cómo iniciar esta difícil y esencial tarea de dejar de lado la discordia, el rencor y la sospecha? Empecemos por buscar las respuestas en cada uno de nosotros. En primer lugar, identificando y reconociendo nuestros prejuicios, tomando conciencia de nuestros sesgos al juzgar las motivaciones y el comportamiento de otros.

En segundo lugar, esforzándonos por aceptar nuestras limitaciones, por darnos cuenta de que no tenemos siempre la razón, y por descubrir puntos de vista válidos que difieren de los nuestros.

En tercer lugar, rescatando la generosidad y la gratitud de las que todos somos capaces, aunque a veces tengamos que hurgar en las profundidades de nuestro ser para encontrarlas y compartirlas

con todos los que nos rodean. Por último, empleando la solidaridad, la empatía y el aprecio mutuo que, desde los albores de nuestra especie, han permitido a las sociedades humanas desarrollar valores que guían el avance hacia la supervivencia, el bienestar, la prosperidad y el bien común.

Desmontemos andamiajes obsoletos que envenenan nuestras mentes, que apuntalan las fachadas de diferencias entre nosotros y nos impiden reconocer que el Perú, nuestra nación, es un hermoso proyecto aún en construcción. Como nos dijo con tanta claridad el maestro Basadre, el Perú es aún un problema, pero también una extraordinaria posibilidad.

Sé por experiencia propia que iniciar la tarea de reconciliación partiendo de lo que tiene en su interior cada uno de nosotros no es cosa fácil. Sé también que es aún más difícil hacerlo como sociedad, como conjunto de individuos inmersos en un tejido de complejas y sesgadas relaciones interpersonales. Pero, al menos, empecemos por tomar conciencia de que el desprecio y el resentimiento son, por lado y lado, manifestaciones nocivas y funestas de la incapacidad de reconocernos como iguales todos los seres humanos. En nuestra vida cotidiana, en nuestra vida social, pero sobre todo en nuestra vida política no dejemos espacio para la intolerancia y el extremismo, la descalificación y el odio, cuyas únicas armas son la mentira y la hipocresía, y que llevan al envilecimiento de la condición humana.

¿Qué podríamos hacer como sociedad, como grupo de seres humanos habitantes de un mismo territorio, para que el total de nuestra nación sea mayor que la suma de esfuerzos individuales? Al igual que en muchas partes del mundo en tiempos turbulentos, inciertos y de zozobra, no tenemos respuesta a tan difícil interrogante. Estamos embarcados todos los seres humanos en una exploración, en un aprendizaje en medio de lo que es, quizá, la más compleja y desafiante encrucijada que ha enfrentado la especie humana. La catástrofe acelerada de la pandemia de la COVID-19,

superpuesta a la catástrofe cada vez más rápida y veloz del cambio climático, ponen en evidencia las limitaciones de las nociones de progreso y desarrollo que hemos concebido y puesto en práctica hasta hoy.

No obstante, en una escala muchísimo menor, pero ajustada a nuestra difícil e inestable realidad, podemos ofrecer, como agradecido pago a la tierra, lo que en el Gobierno de Transición y Emergencia hemos tratado y estamos tratando de hacer: devolvernos la confianza y la esperanza. No prometamos lo que no podemos cumplir, pero cumplamos lo que prometemos. Digamos las cosas como son, y no como quisieran que sean los que nos escuchan; trascendamos nuestras aspiraciones individuales, trabajemos en conjunto y adoptemos como norte el bien común.

Tomemos como ejemplo esta majestuosa obra que nos rodea, tomemos como ejemplo a Saqsaywaman, construido piedra sobre piedra, cuidadosamente labrada, con infinita paciencia, con la técnica y el arte de nuestros antepasados. Solas son impresionantes, pero ensambladas nos ofrecen una maravilla arquitectónica y un ejemplo: si nos unimos, podremos construir una sociedad que se aproxime a lo que deleita nuestra vista en este lugar. Pero recordemos también que, alrededor de otras obras monumentales de nuestros antiguos antepasados, es posible apreciar piedras a medio labrar; todos las hemos visto, esparcidas por el suelo, esperando que las manos de un anónimo artesano completen el trabajo interrumpido por el encuentro entre dos civilizaciones y por múltiples frustraciones a lo largo de la Colonia y a lo largo de 200 años de vida independiente. Son estas piedras aisladas, que todos hemos visto en majestuosos lugares, una metáfora de lo que somos ahora. Es esta magnífica edificación en la que estamos —erigida por la colaboración y la acción conjunta— una imagen y una muestra de lo que podemos ser.

No es este el momento de describir lo que hemos hecho y lo que haremos en las pocas semanas que nos quedan a cargo del Gobierno. Diré solo que hemos hecho todo lo que se pudo hacer



para dejarle a quien dirija los destinos de la nación en los primeros años del tercer siglo de nuestra vida independiente un país mejor que el que encontramos al inicio de nuestra gestión; un país que, pese a la inestabilidad política, los desafíos de la pandemia y los embates de quienes el maestro Jorge Basadre llamó con toda propiedad «los podridos, los congelados y los incendiados», pese a todos ellos estamos dejando un país que estará en mejores condiciones de avanzar a pie firme hacia un futuro mejor.

Hermanas y hermanos de todo el Cusco y de todo el Perú: como símbolo de unión de los peruanos, y también con los de otras tierras lejanas, y en reconocimiento del valor e importancia que depositamos en nuestro patrimonio cultural, durante los últimos años hemos recibido de los Estados Unidos y de muchos otros países valiosas piezas arqueológicas que dan testimonio de nuestro grandioso pasado y que ya han retornado a su lugar de origen.

Al agradecer la hospitalidad de esta emblemática y milenaria tierra, tengo el privilegio de responder a un anhelo histórico del Perú y, especialmente, de todos los cusqueños. El Sol o Escudo del Cusco, que estuvo fuera del Perú durante muchos decenios, hoy vuelve a casa. Gracias al esfuerzo conjunto de los ministerios de Cultura y de Relaciones Exteriores, y de la Municipalidad del Cusco; gracias al Museo Nacional del Indio Americano del Instituto Smithsonian y el Gobierno de los Estados Unidos, hoy, 24 de junio del 2021, el Sol del Cusco regresa a su casa.

Le hago entrega, señor alcalde provincial del Cusco, don Víctor Boluarte, del Escudo del Cusco, labrado en metal por los antiguos peruanos; se lo entrego a usted en representación del pueblo del Cusco y de todas las comunidades indígenas. Sé que lo guardarán celosamente y bien, como patrimonio que es ahora de nuestra cultura. Tome usted, señor alcalde.

Deseo que esta gran pieza de orfebrería, elaborada por artistas del antiguo Perú, que es ahora patrimonio cultural de la nación,

reluzca por siempre en el corazón de todas las peruanas y peruanos, que ilumine el camino del desarrollo solidario, pacífico, en unión, con confianza y esperanza para todo el Perú.

¡Haylli Qosqo! ¡Viva el Cusco! ¡Viva el Perú!

Muchas gracias a todos.